

Nudos críticos en la investigación con/sobre movimientos sociales: jerarquía, extractivismo y desvinculación en la academia neoliberal

Critical nodes in social research with/about social movements: hierarchy, extractivism and disengagement in the neoliberal academy

María SANTIAGO PRIETO

Universidad Complutense de Madrid, España

msanti12@ucm.es

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.25(1): a2507]



Artículo ubicado en: encrucijadas.org

Fecha de recepción: 30 de octubre de 2024 || Fecha de aceptación: 16 de marzo de 2025

Resumen

Este texto presenta una reflexión teórica en torno a tres nudos críticos de la investigación social con/sobre movimientos sociales: la jerarquía entre investigadoras académicas y activistas; el extractivismo epistémico; y la desvinculación de las investigadoras con respecto a la lucha política de los grupos con los que investiga. Si bien no se trata de planteamientos novedosos, la reticencia e incluso rechazo que presentan muchos colectivos en el contexto español a la hora de participar en investigaciones académicas hace que sea necesario reflexionar sobre las prácticas hegemónicas en este tipo de proyectos. El artículo desarrolla en detalle cada uno de los tres nudos, proponiendo marcos teóricos desde los que pensarlos, ejemplos concretos de su materialización en este tipo de investigaciones y exponiendo algunas buenas prácticas para abordarlos, así como los desafíos identificados para ello. Finalmente, el texto concluye señalando que, más allá de las prácticas individuales de las investigadoras, es necesario poner en cuestión la propia institución académica y sus constreñimientos estructurales, así como plantear otras posibilidades para realizar investigaciones comprometidas, desjerarquizadas y transformadoras.

Palabras clave: movimientos sociales, jerarquía, extractivismo, desvinculación, ética.

Abstract

This article offers a theoretical reflection on three critical nodes in social research with/about social movements: the hierarchy between academic researchers and activists; epistemic extractivism; and the disengagement of the researcher from the political struggles of the groups being studied. Although these are not new concerns, the reluctance or even refusal of many Spanish collectives to participate in academic research calls for a reflection on hegemonic practices in this field. The article explores each issue in depth, providing theoretical frameworks, concrete examples, and best practices to address them, while also highlighting the challenges involved. Ultimately, the text argues that beyond individual practices, it is essential to question the academic institution itself and its structural constraints, and to envision alternative possibilities for conducting committed, non-hierarchical, and transformative research.

Keywords: social movements, hierarchy, extractivism, disengagement, ethics.

Destacados

- La autoridad académica, el extractivismo universitario y la desconexión política de las investigadoras con los movimientos sociales dificultan una investigación verdaderamente crítica y transformadora.
- Se recomienda incluir a activistas en el diseño de la investigación, investigar estructuras de poder, establecer relaciones recíprocas con los colectivos y asumir un compromiso político con los espacios investigados.
- Más allá de revisar prácticas individuales, es necesario cuestionar las estructuras opresivas de la academia neoliberal, sexista y colonial.

Cómo citar

Santiago, María (2025). Nudos críticos en la investigación con/sobre movimientos sociales: jerarquía, extractivismo y desvinculación en la academia neoliberal. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(1), a2507.

1. Introducción

En enero de 2024, el Sindicato de Vivienda de Moratalaz publicó un sonado hilo en X (antes Twitter)¹ en el que realizaba una dura crítica a las formas de investigación con movimientos sociales habituales en la universidad, especialmente en cuanto a la realización de trabajos de clase. En este hilo, señalaban que atender a todas las estudiantes y académicas que les piden colaboración les supone un tiempo del que no disponen, criticando la escasa devolución de resultados, la falta de investigación sobre los temas que a ellas les interesan, la falta de compromiso político con el espacio por parte de las investigadoras o el malestar generado porque un proceso político colectivo sea utilizado para un fin individual.

La tensión entre el Sindicato de Vivienda de Moratalaz y la academia no es única de este colectivo; la exasperación, sospecha y apatía por parte de colectivos de movimientos sociales hacia las investigadoras universitarias es frecuente y se hace familiar a cualquiera que haya navegado en alguno de los dos espacios, o en ambos a la vez. La investigación con/sobre movimientos sociales pretende ser, generalmente, una investigación crítica, que busca poner en cuestión las formas hegemónicas de investigación, señalar sus carencias y visibilizar las estructuras de poder que le dan forma. Por tanto, cabe aprovechar el espacio abierto por este monográfico para reflexionar sobre qué dinámicas están llevando a una investigación crítica tan criticada y si cabe espacio para la transformación.

Para ello, en este artículo se presenta una reflexión teórica, enraizada en las experiencias investigadoras y activistas propias, sobre tres nudos críticos en la investigación social con/sobre movimientos sociales: la jerarquía de saberes, el extractivismo epistémico y la desvinculación política de la investigadora. La reflexión en torno a estas cuestiones viene de largo: desde hace décadas, se lleva construyendo una intensa crítica (y práctica) desde diferentes corrientes epistemológicas y metodológicas (la sociopraxis, la antropología crítica, las epistemologías feministas y decoloniales, etc.) a este contexto de producción de conocimiento y a las prácticas investigadoras desarrolladas en su seno. Así, se han expuesto diversas propuestas en torno a la investigación comprometida y política (Ortí, 2001); la co-teorización y la investigación colaborativa (Rappaport, 2007; Ramos et al, 2008); las posibles —y dificultosas— alianzas entre academia y transformación social (Betrisey y Calle, 2022); o las formas de restituir el conocimiento producido con/sobre los movimientos sociales (Zonabend, 1994; Salguero et al, 2022). Estas propuestas, que se discutirán más adelante, se han pues-

¹ El Sindicato de Vivienda de Moratalaz es un colectivo que surge en el barrio madrileño de Moratalaz en 2021 para hacer frente a los problemas de vivienda a los que se enfrentan las vecinas de la zona. El 1 de enero de 2024 publicaron [@SindicatoMtz] un hilo de X/Twitter al que se hace referencia aquí y que empezaba diciendo: “Últimamente nos contactan bastantes estudiantes (la mayoría universitarios) con la intención de ayudarles a realizar trabajos para clase. No es algo nuevo, y de hecho ya se ha comentado alguna vez por aquí, pero sí que nos gustaría hacer alguna reflexión sobre estas peticiones” [post]. Ver hilo completo en: <https://x.com/SindicatoMtz/status/1741747294439948728>

to en práctica en distintas formas específicas de investigación, como la investigación-acción participativa (IAP), la investigación militante o la investigación colaborativa. Con diferentes enfoques, estas corrientes tratan de abordar las problemáticas identificadas en las últimas décadas con respecto a la investigación con movimientos sociales (Fajardo et al., 2012).

Así, independientemente de si se pretende desarrollar una investigación básica, de producción general de conocimiento, o aplicada, buscando dar respuestas a problemas y necesidades sociales concretas, lo que las epistemologías y metodologías críticas (feministas, decoloniales o participativas, entre otras) señalan es que en la investigación social siempre se dan relaciones de poder que es necesario reconocer y abordar, especialmente cuando las personas con las que solemos trabajar —en este caso, activistas— están manifestando diversos malestares en su relación con la academia.

Por ello, en lo que sigue, vamos a abordar cada uno de los tres nudos críticos señalados que, si bien han sido separados con fines analíticos, están estrechamente entrelazados y deben entenderse en articulación. Aunque muchas de las cuestiones que se van a abordar no son específicas de la investigación con/sobre movimientos sociales, puesto que forman parte de las estructuras y dinámicas generales de la investigación social, desarrollaremos cada uno de estos nudos y trataremos de ejemplificar algunas de las problemáticas concretas que se materializan en el caso que nos ocupa, centrándonos en la investigación social producida desde la academia.

2. La jerarquía de saberes

2.1. La jerarquía de saberes en la investigación con/sobre movimientos sociales

En el conocido texto *¿Puede hablar el subalterno?*, Gayatri Spivak (1988) señala cómo determinadas poblaciones —aquellas definidas como lo Otro, las subalternas— no pueden hablar, no porque no tengan voz o no hagan uso de ella, sino porque no son escuchadas por quienes están en la posición de otorgar legitimidad a aquello que dicen. De esta forma, Spivak evidencia que la posibilidad de la producción de conocimiento científico no está al alcance de cualquiera, sino que está estructurada en base a las jerarquías de raza, origen, clase o género que organizan la sociedad, es decir, al sistema de poder de clase, colonial y cisheteropatriarcal.

En efecto, el saber y el poder se co-constituyen (Foucault, 1977): sólo se puede producir conocimiento considerado legítimo (ciencia y no magia, pseudociencia o supersticiones) desde unas determinadas posiciones sociales; y desde ese saber legitimado se produce el conocimiento que justifican la exclusión de los grupos subalternos de la producción de conocimiento considerado como válido. Desde esta perspectiva, para que un saber tenga la categoría de *ciencia*, es necesario que el científico sea invisible, objetivo y neutro, que se limite a reflejar la realidad que estudia, y “esta auto-invisibi-

lidad es la forma científica específicamente moderna, europea y masculina (...). El testigo modesto [es] el ventrílocuo autorizado del mundo de los objetos, sin agregar nada de sus propias opiniones, de su influyente corporeidad" (Haraway, 2004: 42). Sólo las posiciones sociales consideradas universales (las del hombre, blanco, occidental, etc.) pueden asegurar la objetividad, neutralidad y método que requiere la ciencia como criterios básicos de calidad y veracidad.

Este paradigma (neo)positivista sobre la producción científica ha sido históricamente hegemónico, pero también ha estado cuestionado desde muchos lugares como, por ejemplo, las epistemologías del Sur. Estas corrientes critican la "producción social de no existencia" (Escobar, 2016: 15, traducción propia) de otras formas de vivir y conocer el mundo; un universalismo de la ciencia eurocéntrica que niega que "el mundo está formado por múltiples mundos, múltiples ontologías o realidades que están lejos de ser cubiertas por la experiencia eurocéntrica o de ser reducibles a sus términos" (Escobar, 2016: 15, traducción propia). No obstante, a pesar de la larga tradición de crítica y alternativas a estas perspectivas epistemológicas, diversas circunstancias que detallaremos a continuación llevan a que siga siendo hegemónica la reproducción de las jerarquías sobre las que se constituye la investigación académica, incluso cuando pretendemos alejarnos de ellas.

En la investigación social, incluyendo la investigación con/sobre movimientos sociales, es habitual una separación jerárquica, en mayor o menor grado, entre el sujeto investigador (generalmente, procedente de la universidad, con un alto nivel formativo y estatus social derivado del mismo) y sujetos investigados (situados en una posición pasiva, como el Otro observado). Los objetivos de la investigación, el método, las técnicas y los tiempos son elegidos por el sujeto investigador o por quien ha definido la demanda de investigación y están constreñidos por los tiempos, recursos, lógicas de publicación, criterios institucionales de evaluación, etc.

A su vez, las prácticas, discursos, formas de organizarse, motivaciones, emociones y trabajo de las activistas se tornan materiales a analizar, que se realiza de manera unidireccional (por parte del sujeto investigador) para transformar las experiencias y saberes de los colectivos o activistas investigados en *ciencia*, con el correspondiente capital académico o incluso económico que ello conlleva. Así, el sujeto investigador accede a las intimidades, problemáticas e incluso los "trapos sucios" de un colectivo, cuyo uso decide individualmente, previa firma del consentimiento informado. Esta jerarquía y retirada de agencia de los sujetos investigados es una de las razones por las que se ha generado malestar en los movimientos sociales y reticencia para trabajar con la academia, como ocurrió en Granada a raíz de una investigación doctoral sobre salud mental (Balius, 2024), caso en el que profundizaremos más adelante.

No obstante, como ya se ha señalado, existe también mucho trabajo orientado a tratar de generar investigaciones con relaciones más simétricas entre el sujeto investigador y el sujeto investigado, difuminando esta separación y reconociendo en las investigadas su posición de productoras de conocimiento, que se constituyen así como co-teorizadoras (Rappaport, 2007). La IAP o las investigaciones colaborativas, por ejemplo, buscan reducir las relaciones de poder y las asimetrías en la investigación, abordando cuestiones como la distribución de responsabilidad en las mismas, las problemáticas de la representación (quién está hablando por quién), la construcción de relaciones de confianza o el descentramiento del rol de la investigadora (Arribas, 2020). Así, en investigaciones en las que se intenta desjerarquizar estas relaciones, las participantes (antes "investigadas") formarían parte del diseño, técnicas del trabajo de campo, del análisis y de la transferencia o devolución de resultados con el mismo peso y grado de responsabilidad que la investigadora académica, quien no asumiría un papel de liderazgo, autoría ni autoridad epistémica.

2.2. Algunos desafíos en la ruptura con la jerarquía de saberes

Existen algunos obstáculos para la implementación de este tipo de proyectos participativos, entre los que podemos destacar la falta de cultura epistémico-metodológica para desarrollar estas prácticas; las constricciones estructurales impuestas por la academia; la dificultad de investigar hacia arriba; y la imposibilidad de eliminar las relaciones de poder en las investigaciones.

En primer lugar, cabe señalar que, al menos en el contexto español, el uso de metodologías participativas y colaborativas no es una opción generalizada, aunque, como señala el Colectivo IOÉ (2003), existe una tradición de investigación colectiva, ligada a la educación popular y a movimientos socialistas y anarquistas, que se remonta a finales del siglo XIX. Esta tradición es continuada en la transición democrática por parte de los movimientos vecinales, sindicales y políticos del momento, así como en áreas como la educación de adultos, la animación sociocultural y la evaluación de programas de acción social, comenzando a institucionalizarse en los años 80. Así, diversas universidades y grupos académicos, como la Escuela Cualitativista de Madrid, el propio Colectivo IOÉ o la Red CIMAS desarrollan o se especializan en estas formas de investigación, pero éstas no llegan a introducirse en el paradigma dominante ni a formar parte, de forma sistemática, de los currículos universitarios (Colectivo IOÉ, 2003).

De esta forma, pocas veces se suele cuestionar la noción de que el diseño metodológico o el análisis son responsabilidad de la investigadora, o la posición de autoridad intelectual en la que nos situamos con respecto a las participantes, ni tenemos herramientas para colectivizar las diversas partes del proceso de investigación. Tampoco contamos con maneras de lidiar con las dificultades de estos procesos: las posibles diferencias en la formación educativa, las distintas miradas sobre la realidad social, las

propias posiciones no reflexivizadas o las inercias en las formas de analizar, que hacen muy complejo el diálogo en igualdad de condiciones entre las investigadoras académicas y las activistas participantes en el proceso.

Poner en común esos lenguajes y negociar procesos investigativos en los que no siempre las investigadoras académicas tengan la última palabra requiere, entre otras cuestiones, tiempo, lo que se conforma como un segundo desafío en la aplicación de estas propuestas. Los ritmos rápidos de la academia neoliberal y la falta general de apoyo institucional a estas formas de proceder dificultan en alto grado este tipo de investigaciones, que requieren un proceso de diálogo y negociación más extenso, la construcción de relaciones de confianza, el trasvase mutuo de conocimientos y, especialmente, una flexibilidad en el diseño de investigación que no suele ser permitida a la hora de presentar proyectos de investigación a convocatorias de financiación, por ejemplo. Sin embargo, desjerarquizar la investigación también supone que los objetos de estudio y las preguntas de investigación no surjan siempre de las investigadoras académicas, sino que puedan plantearse desde los propios colectivos —tal y como hace el Sindicato de Vivienda de Moratalaz en su hilo de X (2024)— o, como mínimo, construirse colectivamente. Para ello, sería necesario establecer canales de comunicación abiertos, bidireccionales y fluidos entre la academia y los movimientos sociales, de manera que la demanda de investigación pudiera surgir no sólo de instituciones públicas, empresas privadas o las propias investigadoras académicas, sino también de los colectivos de base. Por ejemplo, proyectos de aprendizaje colaborativo como el puesto en marcha por Araceli Serrano Pascual y otras docentes en la Universidad Complutense de Madrid (Quintana y Vivas, 2023) tratan de poner en contacto las necesidades de conocimiento e investigación de organizaciones sociales de base con las posibilidades de realizar esas investigaciones por parte del estudiantado universitario.

En esta línea de reenfocar la demanda y los objetos de estudio, otra de las posibles vías para desjerarquizar el conocimiento es investigar hacia arriba en lugar de hacia abajo. Es decir, dejar de lado la fascinación tradicional de la investigación social por lo subalterno, lo marginado, lo Otro (Narayan, 1997) y comenzar a prestar atención a los grupos sociales dominantes, los que ostentan posiciones de poder y los que constituyen lo hegemónico. En el caso de los movimientos sociales, esto podría suponer pasar a investigar sobre los antagonistas de los movimientos con/sobre los que queremos investigar: la policía, la judicatura, el sistema penitenciario, las agencias de desocupación, las empresas de seguridad privada, los grupos de extrema derecha, etc. Esto no sólo respondería a una demanda de los propios movimientos sociales, como ya indica el Sindicato Vivienda de Moratalaz en su comunicado, sino que además supone cubrir vacíos en la literatura académica sobre organizaciones, prácticas y discursos que están muy poco estudiados.

No obstante, cabe señalar que la falta de investigaciones sobre algunos de estos grupos no se relaciona únicamente con una posible falta de interés académico, sino también con las dificultades prácticas de investigar hacia arriba: las barreras que nos solemos encontrar en el acceso al campo, puesto que generalmente se trata de grupos que pueden cuidar su privacidad mucho más que los grupos subalternos – y que, en muchas ocasiones, operan con cierto secretismo y opacidad – ; la falta de financiación para ciertos objetos de estudio, especialmente en convocatorias privadas de bancos o empresas; las posiciones de vulnerabilidad en las que pueden encontrarse las investigadoras, puesto que pueden verse en situaciones de inseguridad si producen análisis críticos sobre las organizaciones estudiadas; o los problemas éticos generados de la dificultad del acceso a campo, que pueden generar la necesidad de etnografías encubiertas o de cierta ocultación de los objetivos de investigación y de la perspectiva epistemológica de las investigadoras.

Otro de los principales desafíos para la implementación de formas de investigación más colaborativas y desjerarquizadas consiste en la imposibilidad de hacer desaparecer las relaciones de poder existentes entre investigadoras académicas y activistas. Por una parte, la posición de académica ya ostenta un peso simbólico y epistemológico que no tienen las activistas: se las considera expertas, poseedoras del conocimiento legítimo, y un proceso de construcción colectiva de conocimiento pocas veces puede obviar esta situación. Por otra parte, pueden darse jerarquías también en relación con la clase, género, racialidad, origen, discapacidad, etc., jerarquías en las que no necesariamente va a ser la investigadora académica quien se encuentre en una posición de mayor poder. Cabe por tanto complejizar la noción de jerarquía y las relaciones de poder en la investigación, dado que no habitamos una única posición social y, si bien nuestro lugar de enunciación como académicas nos asegura una cierta autoridad, esta posición va a interseccionar con nuestro género, racialidad, orientación sexual, etc., generando una matriz mucho más compleja que la relación unidireccional de poder sobre la que hemos estado pensando hasta ahora.

Finalmente, debemos tener en cuenta también las diferencias de poder que existen dentro de los colectivos con los que trabajemos y la posibilidad de encontrar violencias y jerarquías invisibilizadas o normalizadas dentro de los propios grupos. Por ejemplo, podemos encontrarnos una división sexual del trabajo militante problemática, discursos o prácticas racistas, liderazgos excluyentes, etc. Aquí se abre otra de las grandes dificultades a la hora de tratar de abordar la jerarquía entre investigadoras académicas y activistas: cómo trasladar análisis que suponen una visión crítica del espacio en el que se está investigando, de sus dinámicas o de actores concretos, sin romper el espacio de confianza con las activistas, pero sin traicionar tampoco nuestra propia honestidad científica.

Así, es necesario ejercitar la reflexividad para explicitar las relaciones de poder existentes en la investigación y hacernos cargo de ellas, en continuo diálogo con las participantes/co-teorizadoras. Esto no supone asumir que la investigadora no pueda proponer objetos de investigación, los ritmos del proceso o desarrollar diseños que no sean clásicamente participativos, ni que las activistas posean una capacidad analítica esencial, pura y reflexiva sin necesidad de un trabajo previo; sino que es necesario atender a las numerosas contradicciones, tensiones e incomodidades generadas en el campo para evitar reproducir los daños derivados de las estructuras de poder en las que nos insertamos.

3. El extractivismo epistémico: “vienen, escuchan, cogen lo que quieren, y se van”

3.1. El problema con el extractivismo epistémico

La organización de actividades donde personas comparten conocimientos y experiencias vividas en torno a la salud mental y sus múltiples problemáticas tiene un carácter político. (...) Como tal, debería respetarse y cuidarse. No generamos movimiento y liberamos palabras para que nadie las escrute, diseccione, valore y rentabilice (Balius, 2024)

El hartazgo por la cosificación, la falta de colaboración y devolución, el poco respeto por parte de las académicas a las experiencias compartidas por las participantes de las asambleas o las prácticas de registro y observación que convierten en un Otro a las activistas llevaron a Fernando Balius, activista en movimientos críticos de salud mental, a enunciar las palabras recogidas en el título de este epígrafe, así como el Principio de Granada: “Invoco el ‘Principio Granada, según el cual desautorizo moralmente la utilización de la intervención que voy a realizar en trabajos académicos de cualquier índole. Si aun así alguien lo hiciera, solicito que conste mi posición al respecto” (2024).

Balius está denunciando, en definitiva, la violencia epistémica que conllevan numerosas prácticas investigadoras, dado que construyen a determinados sujetos como lo Otro, lo subalterno, y en ese proceso los invisibilizan, ocultan su voz y la sustituyen por sus propias narraciones sobre él (Spivak, 1988). Para Belausteguioitia,

la violencia [epistémica] se relaciona con la enmienda, la edición, el borrón y hasta el anulamiento tanto de los sistemas de simbolización, subjetivación y representación que el otro tiene de sí mismo, como de las formas concretas de representación y registro, memoria, de su experiencia (2001: 237).

La violencia epistémica está en estrecha relación con la jerarquía de saberes, pero también con lo que ha venido a llamarse el extractivismo epistémico, que

trata de extraer elementos epistémicos de sus entornos originales, y de esta forma de su contexto de articulación político, ético e institucional. Esto hace posible que las instituciones o individuos que buscan conocimiento no se hagan responsables de las demandas éticas, políticas y económicas de los grupos indígenas o de otras comunidades locales cuyos recursos están siendo extraídos (Alcoff, 2022: 5, traducción propia).

El concepto de extractivismo surge de las epistemologías decoloniales y se refiere originalmente al “mecanismo de saqueo y apropiación colonial y neocolonial” (Acosta, 2012: 25, citado en Grosfoguel, 2016: 35) por el cual, desde los inicios del colonialismo en el siglo XV, se asentó una modalidad de acumulación basada en la división entre regiones geográficas que exportan materias primas sin procesar (las colonias), y regiones que procesan y manufacturan esas materias primas (las metrópolis). Este proceso extractivista, constitutivo del capitalismo, requiere de la dominación tanto de la naturaleza como contra los pueblos que habitan las regiones despojadas, así como de la transformación de todo elemento natural en mercancía (Grosfoguel, 2016).

Como señala Grosfoguel (2016), estas nociones sobre el extractivismo económico (despojo, violencia, colonialismo, etc.) son trasladadas por Leanne Betasamosake Simpson para definir el proceso por el que instituciones blancas toman el conocimiento tradicional de los pueblos y naciones indígenas, proceso que denomina extractivismo cognitivo: “Vamos a tomar las enseñanzas que tengáis que puedan ayudarnos, a tomarlas de vuestro contexto, a tomarlas de quienes ostentan vuestro conocimiento, a tomarlas de vuestra lengua, e integrarlas en esta mentalidad asimilacionista” (Simpson, 2013; traducción propia). La autora señala que conlleva “tomar sin consentimiento, sin reflexión, cuidado o incluso sin conocimiento del impacto que la extracción tiene en otros seres vivos en ese entorno” (Simpson, 2013; traducción propia).

El concepto de extractivismo cognitivo ha sido ampliamente desarrollado en las últimas décadas, popularizándose como el término “extractivismo epistémico”, siendo especialmente relevantes las propuestas de Alcoff (2022) en torno a las epistemologías extractivistas. En este texto, la autora señala cuatro rasgos de estas epistemologías: “la práctica de jerarquizar conocedores; la negación de la necesidad de colaboración entre grupos; la redefinición los valores como no-relacionales y objetivamente determinables; y la búsqueda de la apropiación y control exclusivos de elementos intelectuales, tales como conocimientos y procesos” (2022: 16, traducción propia).

Si bien la relación entre extractivismo y producción de conocimiento queda claramente definida a través de las reflexiones de estas autoras, cabe preguntarse si existe la posibilidad de trasladar la noción de extractivismo epistémico a contextos no coloniales, dado el enraizamiento que tiene el concepto en este sentido. Existen numerosas críticas desde las epistemologías decoloniales (Grosfoguel, 2016; Rivera Cusicanqui, 2010) a la toma de conceptos producidos desde la radicalidad de estas propuestas por parte de la academia blanca, en la que se los vacía de sentido y se elimina la crítica decolonial, centrándolos en la experiencia blanca. Por tanto, si aplicamos el concepto de extractivismo epistémico a prácticas investigadoras con grupos no colonizados, como puede ser el caso de la investigación con/sobre algunos movimientos sociales en el contexto español —puesto que podemos identificar prácticas similares de extrac-

ción, toma irreflexiva de conocimientos, desresponsabilización del daño producido en el entorno o mercantilización del conocimiento— debemos visibilizar y hacernos cargo del origen del concepto.

3.2. El extractivismo epistémico en la investigación con/sobre movimientos sociales

Para aterrizar estas discusiones en el caso concreto de la investigación con/sobre movimientos sociales, podemos abordar tres puntos: la rentabilidad de la investigación, la devolución de resultados y la responsabilidad sobre los impactos de la investigación.

En *El Principio de Granada*, Balius ya critica la *rentabilización* por parte de las investigadoras de lo que dicen, sienten y hacen las activistas. Se trata de un proceso de cosificación que tiene dos vertientes. Por una parte, en numerosas investigaciones académicas, los discursos y prácticas cotidianas de las activistas se convierten en materiales a estudiar y analizar, se los separa de los cuerpos y las vidas en los que se producen para convertirlos en notas en el cuaderno de campo, extractos de grabaciones, etc. Las activistas se convierten en objetos de estudio y la relación entre investigadora y activistas se ve atravesada por el hecho de que la investigadora no puede “apagar” su visión analítica: toda interacción con las activistas estará generando datos sujetos a ser analizados. Por otra parte, la investigación académica que tiene por objetivo la elaboración de un trabajo, tesis, artículo o publicación científica conlleva, generalmente, la individualización de los procesos colectivos en los que se construye la protesta. El conocimiento colectivo generado, el esfuerzo invertido, los materiales elaborados conjuntamente y las prácticas políticas terminan cristalizados en un documento que, en la mayor parte de ocasiones, sólo firma la investigadora y sólo sirve para el aumento de su propio capital económico o simbólico.

Como forma de abordar estas problemáticas, se encuentra la posibilidad de desarrollar las ya mencionadas investigaciones colaborativas o participativas. Algunas de las dificultades para su implementación han sido ya discutidas, pero en este punto podemos añadir otra más: la exigencia de tiempo y energía que se requiere de las activistas. Si pensamos en investigaciones cuya demanda surge de la academia y no de los propios colectivos —lo que ocurre en la mayoría de las ocasiones—, plantear una investigación colaborativa requiere que las activistas discutan sobre la propuesta en su asamblea, decidan implicarse, pospongan tareas para dar espacio al trabajo que requiere la investigación —quitando por tanto tiempo y esfuerzos a sus propias actividades— o sumen ese trabajo a sus agendas. Todo ello en un contexto académico en el que, de forma general, se deja muy poco espacio para la negociación de objetivos con las propias participantes, de los tiempos o de los diseños metodológicos, por lo que la investigadora que quiere poner en marcha este tipo de procesos tiene que estar dis-

puesta también a afrontar los obstáculos que va a suponer en su propio trabajo. Así, si bien las investigaciones colaborativas y participativas pueden ser una gran oportunidad para evitar la cosificación y la instrumentalización de las activistas y su trabajo, presentan diversos desafíos que suponen que quizás este tipo de investigaciones no sean desarrollables en cualquier contexto: requieren tiempo, capacidad de ensanchar los márgenes establecidos por la academia y que los colectivos con los que se va a trabajar tengan espacio e interés en asumir esa tarea extra.

Tanto en las investigaciones colaborativas como en los casos en los que no son posibles, otra forma de abordar estas problemáticas es la de pensar en el proceso de devolución de resultados o restitución de saberes (Zonabend, 1994). Partiendo del reconocimiento de que el conocimiento plasmado en la investigación no es únicamente generado por la investigadora, sino que se basa y necesita de los conocimientos de las participantes, se evidencia la necesidad de devolver el producto final de la investigación a quienes la han construido, intentando alejarnos de esa apropiación individual de los conocimientos comunitarios. No obstante, la devolución a menudo consiste en el envío de un *paper* o trabajo final, meses después del trabajo de campo con las participantes; una práctica que no reporta ninguna utilidad a las activistas o colectivos participantes, que generalmente no están interesados en la lectura de un material académico alejado de sus necesidades prácticas y sus reflexiones cotidianas.

Para que una devolución sea realmente efectiva, es necesario que se base en los intereses y necesidades de las personas a las que se va a devolver los resultados, que en ocasiones no van a estar relacionados con la propia investigación. Así, más allá del envío del producto final de la misma, o de versiones más accesibles (infografías, informes, resúmenes, etc.), la devolución puede basarse en una conversación previa con las participantes, en la que se plantee esta cuestión y las activistas tengan espacio para decidir qué le van a pedir a la investigadora: desde participar en una asamblea para explicar resultados a hacer un taller, ayudar en la difusión de convocatorias del colectivo, colaborar en la redacción de un proyecto, hacer un asesoramiento si el tema de la investigación da para ello, etc. Es decir, la devolución no tiene por qué limitarse a lo relacionado con la investigación —sobre todo en los casos en los que ésta no es especialmente interesante para las activistas— sino que puede consistir también en hacer recíprocos los esfuerzos y el tiempo que las activistas nos han dedicado. Por ejemplo, el proyecto de investigación CCINDLE 2021, “Co-creating Inclusive Intersectional Democratic Spaces across Europe”, dirigido por Emanuela Lombardo, al contactar a activistas para proponer una entrevista, ofrece dos horas del tiempo de las investigadoras para la realización de cualquier tarea de la que la asamblea tenga necesidad y tengan capacidad de realizar.

Finalmente, otra de las prácticas comunes del extractivismo es la de no responsabilizarse de los daños que genera la extracción en el entorno. En el caso de la investigación con/sobre movimientos sociales, los potenciales impactos de nuestras prácticas son numerosos: la investigación puede abrir heridas, revictimizar, sacar conflictos entre compañeras o entre colectivos a la superficie, obtener información útil para la represión del colectivo, etc. La investigadora se encuentra en una posición compleja cuando encuentra información que puede enriquecer su investigación, pero cuyo uso supone visibilizar críticas entre compañeras o ahondar en las violencias sufridas, por ejemplo. En este caso, se contrapone la lealtad académica con el compromiso ético hacia las participantes (Arribas, 2020), como profundizaremos en el siguiente apartado.

4. La desvinculación de la investigadora con los movimientos sociales

4.1. Poder, tecnocracia y la promesa de la objetividad

Las ciencias sociales modernas surgen en los siglos XVI y XVII como un intento de poder de comprender lo social para regularlo racionalmente (Balasch et al., 2005). El discurso hegemónico sobre la ciencia justifica su papel en la política asegurando que se trata de análisis técnicos, objetivos, neutrales y, por tanto, no de opinión. Según esta posición, la ciencia debe guiar a la política porque carece de los sesgos ideológicos que adolecen a la segunda. Así, según el paradigma neopositivista, la ciencia social puede alcanzar la objetividad y la neutralidad si se aplican los métodos y técnicas adecuados, que permitan eliminar los sesgos del investigador (sesgos que se resaltan sobre todo cuando se produce ciencia desde lugares poco legitimados para ello: desde posturas políticamente comprometidas con la transformación social, desde posturas decoloniales, feministas, etc.).

El paradigma neopositivista está estrechamente relacionado en la actualidad con el proceso de neoliberalización de las universidades que viene dándose desde finales del siglo XX y que, para algunos autores, las “han convertido en escenarios de precarización laboral, de entrapamientos burocráticos y de socavamiento de las condiciones más elementales para que florezca el pensamiento” (Díaz y Restrepo, 2023: 187). Estos antropólogos destacan el establecimiento, a nivel general, de un modelo gerencial en las universidades —como dispositivo de orden y disciplinamiento— basado en tres elementos: la centralidad del lenguaje y las prácticas gerenciales para regular la universidad (tales como “productividad”, “eficiencia”, “innovación” o “calidad”); la burocracia académica, que ocupa gran parte del tiempo del profesorado e investigadoras; y la transformación de la universidad para atender a los intereses empresariales y cubrir las demandas del mercado laboral. Para los autores, esto supone una precarización del trabajo académico y una merma de la calidad de la investigación y la enseñanza.

Así, la neoliberalización de la universidad no supone únicamente una política económica concreta —la privatización— sino que conlleva también la producción de un determinado sujeto, el *homo economicus*, que busca invertir en sí mismo y en su capital humano en lugar que adquirir (o producir) el conocimiento o las experiencias necesarias para la vida en sociedad (Brown, 2015).

Frente a ello, corrientes como la investigación social cualitativa crítica (Ortí, 2001), las epistemologías feministas o las decoloniales han evidenciado que, como investigadoras, estamos insertas en el contexto que estudiamos, *encuerpamos* la investigación (Gandarias, 2014), lo que da forma necesariamente a nuestras prácticas investigadoras. De hecho, “nosotras mismas somos sujetos de estudio, puesto que también formamos parte de la trama social” (Ramos et al, 2008: 33). Es más, Callejo (2020: 387) hace una crítica al concepto de *técnica*, puesto que conlleva “la asunción de los procedimientos o los instrumentos como algo neutral y, sobre todo, como un fin (...) [las técnicas] reducen la realidad a un mínimo, perdiendo todo el contexto en la producción de los registros y su análisis (...)”. Así, el énfasis en la técnica supone en ocasiones obviar que la investigación es una práctica y, como tal, es necesario contextualizarla históricamente, interpretarla y situarla en la red de relaciones de poder en la que se construye.

De esta forma, el paradigma constructivista o estructural supone una primera ruptura con el paradigma neopositivista o distributivo (Ibáñez, 1985), al enfatizar la necesidad de visibilizar a la investigadora y su posición social. Esta posición no constituiría un sesgo a eliminar, sino una fuente más de información sobre cómo se está construyendo el objeto de investigación, desde dónde se mira. No obstante, todavía hay espacio para una ruptura más, que es la que aborda el paradigma dialéctico (Ibáñez, 1985), que entre otras cuestiones señala la relevancia del *para qué* y el *para quién* de la investigación. En una línea similar, Ramos y sus coautoras señalan que

Cuando se identificaba el posicionamiento externo a los acontecimientos con una forma de mantener el rigor de la investigación, se estaba situando el estudio como un fin en sí mismo, como si nuestra única preocupación tuviera que ser el elaborar un buen texto. Sin embargo, nuestra intención es la de utilizar la investigación como un medio, riguroso eso sí, para actuar sobre la realidad, desmenuzándola y mostrándola desde sus diferentes perspectivas (Ramos et al., 2008: 32-33).

Por lo tanto, la investigadora nunca puede posicionarse en un lugar de distanciamiento total con respecto a su investigación, aunque lo pretenda: el hecho de formar parte de la misma realidad social que su “objeto” de estudio elimina esta posibilidad. Por distanciamiento no nos referimos aquí al *extrañamiento* señalado por Bourdieu y Wacquant (1995), que parte del reconocimiento de la propia posición y de un ejercicio reflexivo, sino de la creencia de que es posible una mirada ajena, limpia, objetiva, de la realidad social que se estudia. Una vez asumida esta cuestión, existe un espectro más

amplio de acción en el que la investigadora puede posicionarse con respecto a su estudio: desde una observación pasiva, hasta una implicación transformadora y activa de la realidad que investiga.

4.2. De la imposibilidad de la desvinculación en la investigación con/sobre movimientos sociales

Esta pretendida desvinculación es aún más compleja de sostener cuando realizamos investigaciones con/sobre movimientos sociales, que apelan directamente a nuestra propia perspectiva política, nuestros valores y nuestra visión de cómo debería ser el mundo. De hecho, muchas de las investigaciones que se realizan con/sobre movimientos sociales parten ya de las críticas expuestas en el apartado anterior y asumen un posicionamiento político explícito que, sin embargo, se materializa de distintas formas y con numerosos desafíos.

Una de las principales dificultades en este sentido es la articulación de la doble lealtad que, como investigadoras, tenemos para con la academia que nos emplea (o para la que estamos produciendo) y para con las activistas con las que investigamos (Arribas, 2020). Esta doble lealtad produce tensiones debido a que las necesidades, tiempos e intereses de ambos espacios suelen ser antagónicos: la academia neoliberal requiere ritmos rápidos, productos publicables (*publish or perish*), proyectos cerrados, líneas de investigación actuales y llamativas y, en general, aparentar neutralidad y objetividad. Por ejemplo, ¿qué ocurre cuando, si utilizamos determinados materiales del trabajo de campo, podemos poner en peligro a las activistas con las que hemos trabajado? ¿Qué ocurre si no podemos grabar entrevistas, por la seguridad de las entrevistadas, y no podemos justificar nuestros análisis o resultados? ¿Qué ocurre si nuestros resultados pudieran ser de utilidad para políticas represivas? En este tipo de investigaciones, los potenciales daños no son sólo individuales, sino que también pueden tener efectos negativos a nivel colectivo y político.

Si bien no hay instrucciones claras y universales sobre cómo navegar estas tensiones —más allá, por supuesto, de asumir el principio básico de no dañar— estas situaciones abren la puerta a la pregunta de si es necesario que todo sea investigado, que todo pase por la academia. Quizás haya que relativizar el lugar de autoridad epistémica de la academia: no es necesario que nuestra mirada escrute todos los rincones de la realidad social; en ocasiones, el conocimiento puede moverse mejor por circuitos que no son los académicos.

Esta doble lealtad se complejiza aún más cuando no sólo se investiga con un colectivo, sino que la investigadora es también activista, en ese espacio o en otros. Por una parte, esta posición puede facilitar el deslizamiento hacia el extractivismo, dado que se tiene acceso directo a los contactos, los discursos, las prácticas, los documentos, etc., que se manejan en el espacio a investigar. De esta forma, todo lo que se habla o

se hace en el propio colectivo es susceptible de ser un material pertinente para la investigación, incluso fuera de los momentos investigadores —entrevistas, observación explícita, etc.—. Habitar el espacio de investigación como activista puede abrir puertas a nivel de contactación, pero también cerrarlas, por ejemplo cuando un buen contacto a nivel académico es inaccesible por formar parte de un colectivo con el que el grupo de la investigadora/activista tiene malas relaciones; o por ser ya conocido por la investigadora/activista y no tener una relación fluida, o conocer detalles sobre su persona que no son públicos —por ejemplo, que ese contacto haya agredido o maltratado a su pareja—.

A pesar de las tensiones que puede generar habitar a la vez posiciones de activismo y academia, la cercanía con la realidad social a estudiar y el compromiso político que se derivan de participar en colectivos activistas no sólo pueden nutrir esencialmente la investigación, sino también fomentar relaciones más horizontales y recíprocas con las activistas, favoreciendo a su vez (de forma paradójica con lo señalado anteriormente) formas de alejarse del extractivismo. Como señalaba el Sindicato de Vivienda de Moratalaz en su hilo, una demanda habitual en los colectivos que reciben académicas e investigadoras es el de la implicación política por su parte, su participación activa en las asambleas o en las actividades del colectivo, para no ser instrumentalizadas y co-sificadas. Esto tiene diversas dificultades, por ejemplo, cuando por diferentes razones las investigadoras no pueden desarrollar este compromiso (por conciliación familiar, por la extensión de su jornada laboral, porque ya participan en otros espacios políticos, por distancia geográfica, etc.). Además, esto puede llevar a investigar únicamente aquellos espacios con los que se está de acuerdo políticamente y cuyas prácticas se comparten. Necesitamos pensar qué forma toma esta implicación política, de manera que pueda ser útil para los movimientos, pero también esté en consonancia con las posibilidades y líneas políticas de las propias investigadoras.

Una de estas formas de implicación puede ser, como mínimo, la cuestión de la devolución de los resultados, que ya ha sido discutida anteriormente y reflexionada en profundidad por Salguero et al. (2020). No obstante, aquí cabe señalar que, en muchos casos, los tiempos de finalización de los proyectos de investigación no contemplan una salida del campo cuidadosa y responsable. Por ejemplo, se podrían hacer talleres en los colectivos participantes para devolver los resultados de una investigación, tomando el tiempo que fuera necesario para ello; se podría trabajar en la transferencia de herramientas de investigación, si es que los colectivos no cuentan ya con ellas, para que puedan continuar de manera autónoma indagando sobre los temas que les resulten importantes; se pueden hacer asesorías o acompañamientos si la investigadora está especializada en algún tema que el colectivo desconoce pero necesita aplicar. Todo ello no reporta más beneficios académicos y supondría una mayor carga de trabajo para la investigadora que, dados los contextos de precariedad y neoliberalización

de la academia, puede ponerla en tensión con sus propias reclamaciones sobre sus derechos laborales y la duración de su jornada laboral. No obstante, sería necesario para generar un vínculo y un compromiso transformador con la realidad social con la que la investigadora se ha involucrado.

5. Conclusión. Traicionar a la academia

En este texto, hemos tratado de repensar algunos de los nudos críticos de la investigación con/sobre movimientos sociales, en concreto la jerarquía de saberes, el extractivismo epistémico y la desvinculación política de las investigadoras. Si bien no son en ningún caso reflexiones novedosas, y muchas cuestiones relevantes se han quedado fuera de la discusión —como la cuestión de cómo abordamos estos nudos críticos al investigar organizaciones sociales con las que sea especialmente problemático construir una alianza académico-militante, por ejemplo, agrupaciones de extrema derecha—, en este artículo hemos intentado articularlas de manera sistémica y aterrizarlas en problemas, desafíos y posibilidades concretas que pueden darse en la investigación con/sobre movimientos sociales.

Cabría preguntarse, para cerrar esta reflexión, sobre las posibilidades de superar estos nudos críticos y desarrollar investigaciones no jerárquicas, no extractivistas y comprometidas. Al hablar de investigación crítica, Balasch y sus coautoras señalan la dificultad de implementarlas si se hace desde la academia, “un lugar cuya actividad se dirige a la creación de pensamiento hegemónico” (Balasch et al., 2005: 133) y que presenta el riesgo de caer “en una simple apropiación institucional del trabajo crítico” (Balasch et al., 2005: 132). Las constricciones estructurales de la academia actual, en su contexto capitalista, neoliberal, sexista y colonial suponen que no todo dependa de nosotras y de nuestra buena voluntad, y que nos encontremos con limitaciones que difícilmente podamos superar desde nuestra agencia individual. No obstante, a lo largo de este texto hemos apuntado hacia algunas grietas, ciertas prácticas que pueden disminuir el ejercicio de poder impuesto desde la academia al investigar con/sobre movimientos sociales: la reflexión y la responsabilidad sobre las propias posiciones de poder, las posibilidades epistemológicas, metodológicas y éticas de las investigaciones colaborativas y participativas, la relevancia de un compromiso político reflexionado o la renuncia a la promesa de la objetividad y de la técnica, entre otras. Más allá de estas prácticas individuales concretas, las reflexiones propuestas aquí evidencian la necesidad de desromantizar la academia, asumir que es un trabajo más —por mucha vocación que tengamos— inserto en la rueda de la producción capitalista y que, como tal, quizás tenemos que mirarlo críticamente y organizarnos colectivamente para transformar las condiciones de trabajo y la función social que ostentamos actualmente en el sistema social.

Además, no debemos olvidar que existe investigación más allá de la academia. Existe investigación en las calles, en los barrios, en las asambleas, en las manifestaciones, en las acciones en puerta para parar desahucios. Existe la posibilidad de una investigación militante, no regida por las constricciones ni los objetivos de la academia, a disposición de la transformación y de la justicia social. Como ya hemos visto, no podemos idealizar estas propuestas —las relaciones de poder, las jerarquías y los antagonismos siempre van a existir— pero son planteamientos útiles, como mínimo, para abrir los horizontes de lo posible en la investigación que se considera crítica. Silvia Rivera Cusicanqui (2010, citado en Grosfoguel, 2016) señala que la despolitización es una característica del extractivismo, puesto que convierte luchas políticas en objetos de estudio. Quizás, en nuestra búsqueda de lo *crítico*, debamos perder el miedo a ser tachadas de políticas, de no-científicas, y señalar el trabajo político que ha realizado históricamente la academia en *pro* del *statu quo*. Quizás debamos buscar la fuente de legitimidad de nuestras investigaciones en las comunidades para quienes investigamos. Quizás haga falta traicionar a la academia y a su promesa de convertirnos en estandartes de su autoridad epistémica.

6. Referencias bibliográficas

- Alcoff, Linda M. (2022). Extractivist epistemologies" *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society*, 5(1), 1-23. <https://doi.org/10.1080/25729861.2022.2127231>
- Arribas, Alberto (2020). ¿Qué significa colaborar en investigación? Reflexiones desde la práctica. En A. Álvarez, A. Arribas y G. Dietz (Eds.), *Investigaciones en movimiento. Etnografías colaborativas, feministas y decoloniales* (pp. 237-264). CLACSO.
- Balasch, Marcel; Jordi Bonet; Blanca Callén; Paz Guarderas; Pamela Gutiérrez; Alejandra León; Karla Montenegro; Marisela Montenegro; Joan Pujol; Isabel Rivero y Jordi Sanz (2005). Investigación crítica: desafíos y posibilidades. *Athenea Digital*, 8, 129-144.
- Balius, Fernando (2024). *El Principio de Granada*. Primera Vocal. ([enlace](#)).
- Belausteguigoitia, Marisa (2001). Descarados y deslenguadas: el cuerpo y la lengua india en los umbrales de la nación. *Debate Feminista*, 24, 230-252. <https://www.jstor.org/stable/42625411>
- Betrissey, Débora y Laura Calle (2022). Apuntes metodológicos para una construcción colectiva de conocimiento sobre procesos reivindicativos de mujeres en la Triple Frontera Internacional (Argentina, Paraguay y Brasil). *Tabula Rasa*, 43, 151-174. <https://doi.org/10.25058/20112742.n43.07>
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo.
- Brown, Wendy (2015). *El pueblo sin atributos. La silenciosa revolución del neoliberalismo*. Malpaso Ediciones.

Callejo, Javier (2020). El sentido de la práctica y la práctica del sentido, escuchando a Ortí. En I. Duque y C. Gómez Benito (Eds.), *En torno a Alfonso Ortí: la sociología crítica como sociohistoria* (pp. 383-396). UNED.

CCINDLE (2021). *Co-creating Inclusive Intersectional Democratic Spaces across Europe*. Proposal no. 101061256. Horizon Europe. Call: HORIZON-CL2-2021-DEMOCRACY-01 (Protecting and nurturing democracies). <https://doi.org/10.3030/101061256>

Colectivo IOÉ (2003). Investigación acción participativa: propuesta para un ejercicio activo de la ciudadanía. *Encuentro de la Consejería de Juventud de Córdoba*, Córdoba, junio, ([enlace](#)).

Díaz, Gonzalo y Eduardo Restrepo (2023). Precarización, productivismo y la burocracia universitaria: hacer antropología en la academia neoliberal. *Tabula Rasa*, 46, 185-209. <https://doi.org/10.25058/20112742.n46.09>

Escobar, Arturo (2015). Thinking-Feeling with the Earth. Territorial struggles and the ontological dimension of the epistemologies of the South. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1), 11-32. <https://doi.org/10.11156/aibr.110102e>

Fajardo, Florencia; Francisco Longa y Fernando Stratta (2012). Investigación y movimientos sociales. Problemas y perspectivas. *Debates urgentes*, 1(1), 99-113.

Foucault, Michel (1977). *Microfísica del poder*. Edissa.

Gandarias, Itziar (2014). Habitar las incomodidades en investigaciones feministas y activistas desde una práctica reflexiva. *Athenea digital*, 14(4), 289-304. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1489>

Grosfoguel, Ramón (2016). "Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico". *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo* 1(4). <https://doi.org/10.15304/ricd.1.4.3295>

Haraway, Donna (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncorotón* ®. *Feminismo y tecnociencia*. Editorial UOC.

Ibáñez, Jesús (1985). *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Siglo XXI.

Lander, Edgardo (Ed.) (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO.

Narayan, Uma (1997). *Dislocating cultures. Identities, traditions and Third World feminism*. Routledge.

Ortí, Alfonso (2001). En el margen del centro: la formación de la perspectiva sociológica crítica de la generación de 1956. *Revista Española de Sociología*, 1, 119-164. <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/64703>

Quintana, Rocío y Valeria Vivas (2023). Araceli Serrano Pascual: 'Cada vez más personas nos vinculamos para generar un conocimiento que sea transformador'. *Tram[p]as de la comunicación y la cultura*, 88, 1-16. <https://doi.org/10.24215/2314274Xe069>

Ramos, Beatriz; Juan Rodríguez y Óscar Rodríguez (2008). La investigación social como instrumento en las luchas vecinales. *Historia Actual Online*, 16, 29-39. <https://doi.org/10.36132/hao.v0i16.249>

Rappaport, Joanne (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1108>

Rivera Cusicanqui, Silvia (2010). *Ch'ixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón y Retazos.

Salguero, Óscar; Ariana Sánchez y Juan Rodríguez (2022). Investigación con movimientos sociales: la devolución. En A. Estalella (Ed.), *Ética para la investigación para las ciencias sociales* (pp. 63-69). Universidad Complutense de Madrid.

Simpson, Leanne Betasamosake y Naomi Klein (2013). Dancing the World into being: a conversation with Idle No More's Leanne Simpson. *Yes! Solutions Journalism*, 6 de marzo, ([enlace](#)).

Spivak, Gayatri (1988). Can the subaltern speak? En C. Nelson y L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (pp. 271-313). Macmillan.

Zonabend, Françoise (1994). De l'objet et de sa restitution en anthropologie. *Gradhiva*, 16, 3-14.